

2012

El No Regreso del Regreso

Cynthia Meléndrez
University of New Mexico

Follow this and additional works at: <https://via.library.depaul.edu/dialogo>



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

Recommended Citation

Meléndrez, Cynthia (2012) "El No Regreso del Regreso," *Diálogo*: Vol. 15 : No. 1 , Article 5.
Available at: <https://via.library.depaul.edu/dialogo/vol15/iss1/5>

This Article is brought to you for free and open access by the Center for Latino Research at Via Sapientiae. It has been accepted for inclusion in Diálogo by an authorized editor of Via Sapientiae. For more information, please contact digitalservices@depaul.edu.

El No Regreso del Regreso

Cynthia Meléndrez
University of New Mexico

Extracto

El no regreso del regreso es la historia de una chica que vive en los Estados Unidos y algún momento de su vida piensa que el regreso al lugar de origen es posible. El tiempo y las circunstancias juegan con su destino imposibilitando la vuelta.

Un día más del siglo XXI, y aún sigo pensando en el regreso que ya sólo se dibuja como una idea fortuita. Hace veinte y tres años cambié a una vida nueva, y dejé atrás lo que en su momento no me definía como la mujer que hoy me considero. Hoy sé con certeza que soy una mujer mexicana exiliada, aunque voluntariamente, por una economía decadente, un presente frágil y un futuro incierto. Tenía 18 años cuando mi madre tomó la decisión de emigrar al país vecino de los Estados Unidos, sí, en busca del sabido ‘sueño americano’. En ese momento no entendía el por qué irnos; vivía la idea romántica de ir a la universidad, de hacer una carrera; y por qué, no el de ser alguien importante. No obstante, mi falta de entendimiento y mi oposición a mudarnos no sirvieron de nada, y de repente me encontré en una ciudad ajena para mí.

Recuerdo que sabía decir *my name is Cynthia*, pero sólo eso. Vestida con mis temores de adolescente entrando a una madurez casi forzada viví los primeros tres meses lejos de mi familia. Aún recuerdo las palabras de mi madre: «mija es para que te vayas adaptando y tal vez encuentres un trabajo». Esos 90 días fueron el encierro de mí misma, y la negación de la realidad que me golpeaba de frente. Sí, trabajé, tal vez dos semanas esporádicas en la construcción, se suponía que ayudaba a clavar la teja en unos edificios. La persona con la que estaba pronto dejó de llevarme al trabajo y me confinó en un apartamento, para realizar ‘otro’ tipo de trabajo. Al ir pasando los días me iba reclusando en una maraña de sucesos que vivían en mi mente, como si fueran miles de *arañuelas rojas* que se han ido desvaneciendo al pasar los años. Todavía puedo evocar instantes del miedo que sentía al estar en un lugar público, no sabía el idioma y sobretodo sentía como si todos supieran lo que hacía y lo que pensaba; también creía que me señalaban como si fuera un objeto sucio y sin valor; y en ese tiempo yo sólo quería ser invisible.

Después de esos largos y sombríos tres meses regresé a Mexicali, con mi madre, y pensé ahora sí estoy en casa. Poco duró el momento de tranquilidad, semanas después nos

mudamos mi madre, mis tres hermanas, mi hermano y yo al pueblo de El Centro, California. Al menos ya no estaría sola con la *arañuela roja*, mi madre y hermanos estaban conmigo. El proceso de ‘adaptación’ es lo que llamo la *etapa de dislocación*, no encontraba mi sitio, no podía amoldarme a la nueva cultura. Empecé ir a la escuela para aprender inglés, no tenía amigos y seguía recluida en un estatus de autómeta. Tuve que revalidar todos mis estudios desde la primaria hasta la preparatoria, para poder ingresar a lo que aquí se llama *college*. Mis sueños de estudiar medicina ya estaban sepultados y tenía que encontrar nuevos sueños, no fue fácil, no me podía encontrar a mí misma, en un ambiente tan ajeno a lo que pensaba, creía y sentía. Además la angustia que habitaba en mí crecía día a día, tenía que encontrar trabajo, no podía seguir viviendo bajo el mismo techo de la *arañuela*, ya no podía.

Pasaron los meses y un día en la clase de inglés, la maestra preguntó: «¿Alguien conoce quién quiera limpiar casas?, necesito quien limpie mi casa». En ese momento no pude contestar, sentía vergüenza de preguntar o de decir algo. Llegué a casa y le dije a mi madre, lo que nos había dicho la maestra, a ella le pareció una buena idea, sería una manera práctica de ganar algo de dinero. Así que a la siguiente clase me quedé al final de la sesión y le dije: «Yo puedo limpiar su casa». Y ahí empezó la *etapa de negociación* de mi vida, ya era parte del eslabón laboral estadounidense. Recuerdo empecé limpiando la casa de Ms. Montaña y al mes ya tenía cuatro casas por semana. Esta movilidad me permitió adquirir mi primer automóvil, y a los 23 años y con menos peso en mi memoria, no titubeaba de pisar las calles que me vieron crecer. De absorber los olores del centro de mi ciudad natal: Mexicali. De sentir quemarse mis pies en el asfalto derritiéndose a los 119 grados en el mes de julio. En esos días cruzaba la delgada línea que separaba mi nuevo hogar de la casa de mi niñez. Esos fines de semana eran intentos rabiosos de tatuarme en la mente y en el alma cada espacio y cada rincón de lo que consideraba mi patria, mi hogar, mi yo.

Los primeros años regresaba religiosamente cada viernes, e intentaba alejarme de lo que acontecía en mi nueva casa; me escabullía en las calles de mi barrio buscando caras conocidas, comidas de antaño y la protección de mis conciudadanos. En esta etapa tenía que negociar cada semana el regreso y la salida de mi terruño. Los minutos que esperaba en la línea para cruzar eran debates inagotables para buscar excusas para quedarme; y siempre la misma respuesta: mi cobardía, no sabía y/o no quería vivir sola.

Seguía viviendo conscripta en mis miedos y bajo yugos que no podía disolver. Siempre ante mí, la imagen de la *arañuela* asediándome o acechando a mi hermana. Ya mi temor no era individual, ya abrigaba la idea de que esta sujeción se extendiera a mi hermana menor, no sabía qué hacer; y no podía hablar. En ese tiempo a pesar de saberme un poco independiente no tenía la fortaleza ni la sabiduría para escapar; además, ni Mexicali ni El Centro eran lugares seguros para mí. Ya no sólo era proscrita de mi ciudad natal, sino de mi familia y de mí misma. Convertida en una muchacha introvertida, altanera, frustrada pero sobre todo silenciada no lograba habituarme a nada ni a nadie; el único refugio con el que contaba era la biblioteca del *college*. Y con el tiempo mis visitas a Mexicali se fueron haciendo esporádicas hasta casi hacerse nulas, el constante intento de negociación ya no funcionaba. Mis visitas al barrio ya no me brindaban la familiaridad que buscaba, y que necesitaba.

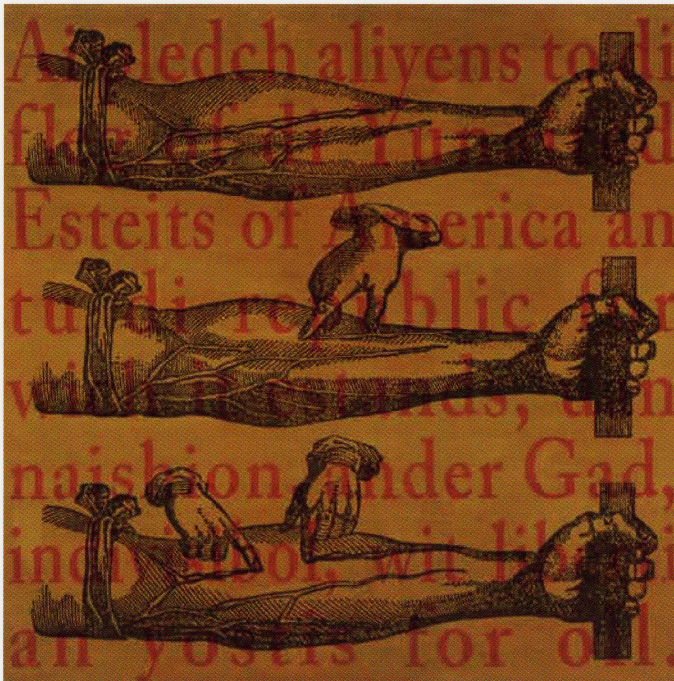
Al tiempo de estar limpiando casas conocí a un hombre ya mayor con muchas 'novias', yo le limpiaba la casa a él y a sus 'novias'. Pronto él me dio mi primer trabajo formal, empecé a limpiar las casas modelos de una constructora. Por fin podía ver un avance, y a esta etapa la llamo *el tiempo de limpieza*. Aprendí a limpiar y preparar profesionalmente las casas que se iban construyendo. Lo mismo pintaba paredes, que lavaba garajes o arreglaba lavamanos, trabajaba ocho horas diarias de lunes a viernes. Y ¡al fin! pude mudarme a mi propio espacio, alquilé una casa móvil, logré un poco de mi independencia, corté los grilletes del miedo en el que vivía. Empecé a sembrar lentamente la idea del regreso, quería regresar a mi patria y a mí 'yo', pero para ello tenía que limpiar mi interior y aligerar la carga que habitaba en mí. Las innumerables clases que tomé eran como una forma de escape: "qué pretendo no ver, qué pretendo no sentir"; la idea de limpiar mi interior empezó a desvanecerse dentro de múltiples lecturas de cuanto libro llegaba a mis manos. Mantenía de este modo mi mente ocupada y mis sentires atrapados dentro de las historias de otros. La idea constante de que la 'felicidad' se encontraba en mi tierra se fue trasmutando a la pérdida de ésta. Ya no me interesaba encontrarla ahora sólo necesitaba la tranquilidad de una noche de sueño ininterrumpido. La limpieza se iba atrasando bajo el pretexto del trabajo y de los deberes de la escuela.

Dos años después y con 25 años encima, menos miedo y un trabajo estable, una vez más pensé en ser una de las que cruza a diario para trabajar en los Estados Unidos y residir en México. Aún conservaba la imagen intacta del barrio, pensaba que todo podría ser igual, que los mismos lugares existían esperando ser habitados por mí. Qué equivocada estaba. El barrio se había transformado ya no existía la tienda de la esquina, ni la señora del menudo en los domingos, incluso hasta el mercado sobre-ruedas había desaparecido. Ya no quedaba recuerdo presente de mis andares, de mis amigos, ni de los chismes que circulaban por la cuadra. Así que esta nueva etapa de visitas se convirtió en el espacio del desahogo, ingresé a la facultad de

medicina, en la Universidad Autónoma de Baja California (campus-Mexicali); una vez más intentaba recrear el sueño de antaño. Intentaba rescatar la inocencia de mi adolescencia que habitaba en las esquinas de mi memoria, renuncié a mi trabajo y fui detrás de la estela de mi quimera. Así que en la primavera de 1994 fui a mi primera clase de anatomía, el salón lleno de personas más jóvenes que yo, fue una realidad chocante. No me había sentido 'vieja' antes, pero esa mañana el choque generacional fue inevitable, a mis 25 años ya no era joven. ¿Qué pretendía? ¿A quién intentaba engañar, con esa idea de conseguir mi sueño? Por primera vez mi tierra, mi patria me hizo ver de frente el entorno desolador al que intentaba regresar. Tenía un destino pre-limitado, mi cuna fue de cartón y sin la posibilidad de cambio o de movilidad. En ese momento las páginas de un libro de texto me hicieron pensar en Pardo Bazán, '*determinismo social*' cuantas veces había leído esas palabras y las sentía tan ajenas, y mírame hoy en medio de ellas, casi abrazándolas lograba ver sin máscaras mi presente.

La limpieza entonces no radicaba en mi interior, tenía que borrar mi pasado también, mi cuna y mis orígenes. ¿Y es eso posible? ¿Se puede arrancar de raíz lo que nos identifica y a la vez lo que nos marca? Mi piel morena difícil de ocultar, el acento duro al hablar, y la idea mitificada de ser una guerrera se fueron perfilando delante de mí; necesitaba un hilo para quedarme en pie, para seguir de pie. Seguí trabajando, y después de un semestre en la facultad regresé a lo que ahora empezaba a tener sentido en mi vida: el *college*; y con él su cultura blanquedada. Al menos ahí la discriminación no era por la edad. Entonces la idea del regreso se fue transformando en el concepto del no regreso. ¿A qué regresaba? O ¿para qué hacerlo? Ya no podía identificarme con lo que había en la ciudad, la universidad se empeñaba en sacarme de ella, y lo único que quedaba a mi alrededor eran las falsas amistades que de alguna forma compraba con unos cuantos tragos.

Así que una vez más el enclaustró funcionó como escape, me encerré en la casa móvil y durante seis años viví como marioneta capitalista. Encontré empleo como conserje en una fábrica de cartón de yeso. Trabajaba todos los días, aparte de mi trabajo limpiando oficinas y baños, me conseguí unas horas de trabajo extra y me convertí en la asistente de una maestra del *college*. Y a esta etapa la nombré *el silencio*, me dedicaba a realizar las labores que estaban destinadas a llevarse a cabo dentro de una diligencia exacta. Transcurrieron casi seis años antes de que el bullicio del silencio me despertara. Vivía consumida entre la idea de no pertenencia y el deseo de pertenecer, la lucha que aún hoy sigue presente en mí. Además la lucha ya no sólo consistía en espacios que me identificara como mexicana, ya existía también la consciencia de saber quién era y qué era, y a quién correspondía. Los recuerdos se agolpaban etiquetándome como una emigrante más en busca del *sueño americano*, mi mente se negaba a aceptarlo, mis ilusiones se rebelaban y a la vez se quedaban quietas. Los hilos que



Bibiana Suárez, *Ai pledech aliyens no. 1*, acrylic paint, digital transfer on aluminum panel, 23.5 x 23.5 in., from the series *Memoria (Memory)*, 2005-2011

El régimen de la perspectiva me obligó a centrarme en mí misma, en buscar la causa del exilio de mi persona al que estaba atada. ¿Por qué me abandoné al mismo tiempo que abandoné mi ciudad? Cómo podría trazar la línea del regreso a mi yo interior, ¿existían acaso huellas que me permitieran reconstruir la memoria que se mantenía alejada? Cómo podía edificar la idea del regreso cuando ya ni siquiera sabía qué significado encerraba esa palabra. Regreso a qué, a un país que no puede ofrecerme opciones, no porque no tenga la intención, sino por la carencia de infraestructura y de políticas que resguarden a una nación entera. Entonces ese espacio se trastocó a la idea de un no espacio, y estaba más atrapada que antes, porque entre la calle Main de El Centro, California y la garita mexicana sólo lograba imaginar coches y coches haciendo fila en ambos lados de la frontera. Vislumbraba personas en busca de trabajo y otras llenando los carritos del mandado, imaginaba indigentes pidiendo por un peso mientras que al otro lado personas comían frente a ellos, esbozaba nuevamente la necesidad de construirme un nicho al que pudiera pertenecer; el regreso ahora era inminente como imposible.

antes necesitaba para seguir de pie se habían vuelto en mis brazos, mis piernas, mi mente. Lo irónico era que yo no los controlaba, era una marioneta gigante en la espera de ser zarandeada.

Un día en el coche con una de mis hermanas, se me rasgaron los hilos, no podía controlar lo que hacía o decía. Mi hermana me miraba y logré vislumbrar el miedo en sus ojos; no entendía qué estaba pasando, sus palabras sonaron a lo lejos: «¿en qué te has convertido? No te reconozco». En ese instante supe que no tenía respuesta alguna, ni yo sabía quién era, mi mente era un artefacto de imágenes sueltas, desordenadas, sin tiempo, sin nombres, sin pertenencia. Mi existencia estaba totalmente fragmentada en papelitos llenos de anotaciones, arrugados por el paso del tiempo, la memoria no lograba ordenarlos y las imágenes continuaban bailando sin ton ni son delante de mis ojos. ¿Quién era? O ¿qué era? Acaso me había aculturado y blanqueado sin darme cuenta; cuándo fue que cambié el taco de frijol por la hamburguesa, y el corrido por el hip hop. Mi idioma seguía siendo el español pero mi lengua se negaba a pronunciarlo; el eco que escuchaba de mí misma era un inglés adulterado por vicios bañados en un sarcasmo que ocultaba mis temores y mi falta de conocimiento. La experiencia de mi vida quedaba ahí, exhibiéndose como si fuera una manta blanca colgada de un puente, letras que intentaban decir algo de pronto sólo eran manchones de tinta. Ya no había puntas en mi vida sólo manchas de tinta invisible inmersas en el silencio que quería gritar pero no podía hacerlo a pesar de estos 32 años que llevaba encima.

Han pasado diez años desde ese enfrentamiento de la imposibilidad de regresar y el deseo de hacerlo. Dejé el trabajo de limpieza y regresé con más ahínco a mis estudios, logré terminar una licenciatura en año y medio; después incursioné a la maestría con la idea de apoderarme de mi espacio y de mi memoria por medio de los libros. Mi mente no tenía límites y en ella podía regresar, y reencontrarme con mi ciudad, con la tiendita de la esquina o con el parque de la calle tercera. Construí la fantasía de viajar sin viajar, de regresar sin regresar y de pertenecer sin pertenecer. Rescaté las pláticas con los amigos del pasado, con los profesores de la primaria y la secundaria, regresé a la taquería del centro y a las aguas frescas de la michoacana. Y por instantes logré ser otra vez la adolescente romanticona que se emocionaba con la idea de ir a la facultad de medicina. Hice esos viajes en el no espacio hasta que conseguí sujetar los segmentos de mi existencia en una sola unidad e incluso logré que funcionara a la par.

Hoy a los casi 42 años he dejado atrás la utopía de mi juventud y de mi terruño. Hoy sólo existe la posibilidad de una nota, de un papel flotante que es un pedazo incompleto de una memoria deteriorada que sigue luchando por consolidarse en una persona completa. En la mujer que soy con un pasado salpicado y agujerado mas no por eso derrotada. Hoy entiendo que el regreso no es físico ni geográfico, sino es un viaje a mi interior donde puedo verme claramente a través del espejo del alma; y que ya no necesito etapas para definir lo que quiero. La idea del desarraigo, como parte de mi vida, se transfiguró en un esfuerzo incansable que tiene como meta fortalecer mi identidad primero como mujer independiente, después como mexicana, y al final como inmigrante.